

CONTESTACIÓN
de
JUAN J. MENDOZA

Cuando todo lo que observan nuestros ojos es confusión; cuando todo lo que perciben nuestros oídos son alaridos de odio y fragor de batallas, es grato al ánimo este rincón apacible: así como en la estancia tibia y abrigada escuchamos con satisfacción no exenta de egoísmo el estruendo de la tormenta que se desata afuera.

Cuando en el dominio de las artes, principalmente en el de las letras, reina y soberana de todas las otras, tropezamos dondequiera conceptos indescifrables, formas absurdas y, en suma, carencia total de estética, es placentero escuchar la expresión clara y serena de pensamientos claros y serenos, como en el hermoso discurso que acabamos de oír.

Todo en este acto habla al espíritu y del espíritu habla: la actitud de la Academia, ajena a todo prejuicio; las credenciales con que una distinguidísima dama llamó a las puertas del Instituto en la confianza de que habrían de abrirsele, no sólo por el mérito de la obra literaria e histórica que ofrecía, sino porque la recta interpretación dada por el Cuerpo a sus Estatutos de que las mujeres no están excluidas de sus deliberaciones, era expresivo augurio; "mostraba en esperanza el fruto cierto".

Todo, pues, en esta fiesta es digno, es justo, es decoroso y es amable. Sólo una falta le hallo, como hubiera dicho Baltasar de Alcázar: la débil voz que ha de pronunciar la bienvenida no anda a tono ni con el nombre de la Academia ni con la hermosa disertación de nuestro nuevo compañero de labores.

A lo largo de su obra histórica, ella ha ido escogiendo con tino singular temas de interés resaltante y luego ha analizado y juzgado con criterio seguro y en lenguaje diáfano acontecimientos y personajes. El libro "Bolivarianas" es, realmente, un cofre precioso, guardador de alhajas, que no ha podido ser mejor ofrenda en el aniversario del eternamente memorable diecisiete de diciembre de mil ochocientos treinta. El primero de los estudios que componen ese admirable libro es el de la proclama de Trujillo: uno de los actos más discutidos del Libertador, dice con verdad la autora. Y es ese estudio el que me mueve a hacer unas breves consideraciones acerca de la guerra a muerte.

Y dando de mano a los argumentos de orden exclusivamente moral, que en nuestros días andan algo desvalidos, no me referiré ni a la amenaza al indiferente ni a las indiferencias al culpable, sino que me colocaré en un punto de vista exclusivamente positivo y experimental para negar a la famosa proclama todo efecto favorable a la causa de la independencia.

No existía para el quince de junio de mil ochocientos trece una división entre españoles y canarios por una parte y americanos por la otra: había, sí, realistas y partidarios de la independencia; pero, aparte de la cuestión de si los españoles y canarios eran, por regla general, realistas sin que hubiera entre ellos, salvo contadas excepciones, patriotas ni indiferentes, es un hecho históricamente fuera de duda que la gran masa americana seguía las banderas del rey. Nadie ignora que los jinetes que en seguimiento de Boves y Morales asolaron las más bellas regiones de la República eran venezolanos y que los primeros soldados peninsulares que pisaron nuestro suelo fueron los que trajo Morillo en la expedición de 1815.

En tal situación, nada en la Proclama movía a los americanos realistas a agruparse bajo las banderas de la patria: contaban con la vida aún cuando fueran culpables. A la vez, todo en ella empujaba a los españoles y canarios a unirse bajo los estandartes del rey, puesto que su sola indiferencia les acarreaba una muerte que no evitarían sino traicionando sus naturales sentimientos hacia el suelo natal. De manera que no se conseguía abrir un abismo entre españoles y americanos, sino que aspirando a interponerlo entre patriotas y realistas, no se cavaba en realidad sino entre el reducido número de los iniciadores de la independencia y la inmensa masa de los partidarios del rey. El americano realista, seguro de su vida, continuaba siendo realista. El español indiferente,

amenazado, acudía a defenderla. En definitiva sólo se lograba multiplicar el número de los enemigos. Y éstos, seguros en su fuerza y sostenidos por la opinión, no debieron sentir gran temor ante la amenaza del puñado de audaces que trataban de introducir una cuña en su compacta organización. Bien que Correa rehúya el encuentro, allí están Maracaibo a la izquierda, a la derecha Barinas, al frente Monteverde. El pequeño grupo logra llegar a Caracas marcando a su paso etapas victoriosas; pero no gracias al temor de la amenaza, sino al arrojo del Caudillo y a la agilidad y acierto de los movimientos que él sabe imprimir a sus escasas fuerzas.

Y si siempre dentro de un concepto positivista examinamos las consecuencias de la famosa proclama, nada podremos deducir a su favor. A raíz de la campaña admirable los realistas reaccionan. La silueta de Boves, se dibuja en el abrasado horizonte de las llanuras. En vano Ribas le contiene en La Victoria y el propio Libertador en San Mateo: él volverá hacia el centro con renovados recursos cuando ya Caracas ha agotado los suyos. En vano Bocachica, en vano Mosquiteros, en vano la primera Carabobo. El soldado patriota no do-mina más terreno que el que cubre con sus armas y ése se hace cada vez más angosto ante la creciente marea. Y por fin las dos trágicas corrientes de mil ochocientos catorce: la que marcha hacia Occidente, en busca de la frontera granadina, bajo la dirección de Urdaneta y la que se encamina a Oriente dirigida por Bolívar. Los términos de la Proclama se desvanecen en la sombra triste que proyectan las banderas en derrota sobre el suelo desolado por las hordas nativas sostenedoras de la causa del rey.

Años después, tras múltiples esfuerzos, en los cuales la constancia y las energías del Libertador desempeñan un papel prodigioso, las circunstancias han cambiado felizmente. Se ha llevado a cabo la conquista de Guayana, que permite la celebración del Congreso de Angostura. Con el triunfo de Boyacá se ha dominado el territorio de la Nueva Granada. Sobreviene la regularización de la guerra y como súbitamente cambia el panorama. Ahora son los realistas los que sólo dominan el suelo que pisan. Bolívar no es ya el jefe de montoneras dispersas sino el Primer Magistrado de una Nación constituida; sus tenientes han dejado de ser caudillos locales para convertirse en generales de un ejército organizado, sostén de la República. Al través de las enormes extensiones, ahora propicias, el Libertador puede marchar sin tropiezos hacia el Centro; Páez puede conducir desde Apure cuatro mil reses; Urdaneta puede traer un ejército desde Maracaibo. Y finalmente, en la segunda Carabobo, los jinetes venezolanos de Morales abandonan a su jefe sin romper una lanza. Pero no ha intervenido en esta afortunada transformación el significado trágico de la Proclama de Trujillo. Ha sido el concurso de felices sucesos que Bolívar provoca, aprovecha y dirige con sobrehumanos trabajos lo que produce ese cambio al parecer milagroso.

El propio autor de las palabras tremendas se empeña en borrarlas no sólo de la Historia sino, quizá, de su mente misma. Apenas pronunciadas, no es-pera las ocasiones sino parece que las busca para aniquilar aquella sentencia que condenaba principalmente a la raza blanca.

En la proclama de la Villa del Norte, a ocho de mayo de mil ochocientos dieciséis, ofrece a los españoles que habitaban en Venezuela la cesación de la guerra a muerte si ellos la suspendían. Ya la muerte no es incondicional. En Ocumare, a seis de julio del propio año, dice que la guerra a muerte que nos han hecho nuestros enemigos cesará por nuestra parte; que perdonaremos a los que se rindan, aún cuando sean españoles; que los que sirvan a la causa de Venezuela serán considerados como amigos y empleados según su mérito y capacidad, y que ningún español sufrirá la muerte fuera del campo de batalla. En Casacoima, el treinta y uno de julio de mil ochocientos diecisiete, invita a los españoles de los Castillos de Guayana a estrechase con los mismos que hasta ahora han sido sus enemigos. En Paya, a treinta de junio de mil ochocientos diecinueve, para él no había ya más culpables que los tiranos españoles y ni aun éstos perecerán si no es en el campo de batalla. En Carache, a catorce de octubre de mil ochocientos veinte, anuncia que el ejército libertador no viene a romper sino cadenas; que en sus banderas lleva los colores del iris y que no desea empañar sus armas con la muerte. En el brindis de Santa Ana, el veintisiete de noviembre de mil ochocientos veinte, dando rienda suelta a los más íntimos sentimientos de su corazón, todo nobleza, invoca odio eterno a

los que deseen sangre y la derramen injustamente. En Barinas, a diecisiete de abril de mil ochocientos veintiuno, es más expresivo aún: "Esta guerra, sin embargo, no será a muerte, ni aún regular siquiera. Será una guerra santa: se luchará por desarmar al adversario, no por destruirle. Competiremos todos por alcanzar la corona de una gloria benéfica. El derecho de gentes y el sagrado que hemos establecido para nuestra salvación serán llenados más allá de lo justo". En la misma ciudad y el mismo día, espera de sus soldados el complementó de la emancipación, pero espera aún más: "que en medio de sus victorias sean religiosos en llenar los deberes de la santa guerra". "Os hablo, soldados, de la humanidad, de la compasión que sentiréis por vuestros más encarnizados enemigos. Ya me parece que leo en vuestros rostros la alegría que inspira la libertad y la tristeza que causa una victoria contra hermanos. Interponed vuestros pechos entre los rendidos y vuestras armas victoriosas y mostraos tan grandes en generosidad como en valor." Y en la misma Barinas, ocho días después, dirigiéndose a las tropas españolas, les dice que seremos los más observantes del tratado de regularización de la guerra, que será aplicada la pena capital al que lo infrinja. Y añade, atribuyendo a sus contrarios sin mayor fundamento para el instante en que pronunciaba sus palabras, sentimientos que ya el tiempo hacía remotos "y vosotros seréis respetados aún en el exceso de vuestra sed de sangre". En igual fecha, dirigiéndose a los soldados del Ejército Libertador, les dice que el Gobierno les impone la obligación rigurosa de ser más piadosos que valientes; que sufrirá pena capital el que infrinja cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra; y que aun cuando los enemigos los quebranten, nosotros deberemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre. En San Carlos, a tres de junio de mil ochocientos veintiuno, dice a los realistas que la política del día se espanta de aquellos tiempos en que el genio del crimen había llegado a colmar las angustias del corazón humano, y recuerda a los caraqueños que su temor a las armas del Rey no es ya fundado porque los jefes españoles son Latorre y Correa y no Boves y Morales.

¿Para qué más? Es el titán mismo quien desde el día siguiente de su creación, la va desmoronando con formidables martillazos hasta dejarla reducida a polvo, como el becerro de oro a los golpes de Moisés. El grito de Trujillo no despertó ecos ni en el pecho ni en la cabeza del mismo que lo había proferido; tan falto de crueldad su corazón como sobrado de perspicacia su cerebro, se dio cuenta inmediata de que la guerra a muerte era una cantidad negativa en las operaciones de la empresa épica y la fue eliminando en sus cálculos desde el momento mismo de su proclamación.

Y ante los problemas fundamentales de la Patria que él mismo estaba creando, en presencia de los contradictorios factores que el sistema colonial legaba a la naciente República para que ésta se constituyese y entrase a formar parte del concierto de las naciones civilizadas, Bolívar, penetrando hasta el fondo la extensión de aquellos problemas, clamó desde lo más íntimo de su alma por la vida y conservación de sus enemigos como la más preciosa garantía de estabilidad para el nuevo Estado.

Señora de Pérez Díaz: vuestra obra histórica y literaria, de análisis agudo y hermosas formas, es garantía cierta de eficaz colaboración en las tareas que con tanta asiduidad viene desarrollando esta Corporación desde hace cincuenta años y de que desde ese sillón que ahora, y quiera Dios que por largos años, honráis con vuestra presencia, seguiréis enriqueciendo con vuestros estudios el acervo de nuestra historia americana. El cultivo de vuestra elevada inteligencia sin perjuicio de vuestras obras como mujer y madre de familia, son una demostración perfecta, y en ello puede resumirse vuestro discurso, de que el alma femenina y la masculina son el mismo soplo divino que animó nuestro barro: son la misma imaginación, el mismo entendimiento, la misma voluntad; aun cuando, pese a ciertos conceptos que se juzgan por nuevos y son viejos de más de dos mil años, las misiones en el mundo son diferentes a pesar de que el origen sea el mismo y uno mismo el destino final.